

NUEVA TAXONOMÍA DEL FETICHE

Introducción

Fernando Zamanillo Peral

Se entiende por taxonomía, en su primera acepción, *la ciencia de la clasificación científica*, en especial dentro de *la biología, para la ordenación jerarquizada y sistemática de los grupos de animales y de vegetales*, y por extensión o generalización *cualquier clasificación u ordenación en grupos de cosas que tienen unas características comunes*. Es en esta segunda acepción más generalizada, amplia o extensa, que admite una mayor libertad de observación sobre todo tipo de entidades animadas e inanimadas, especímenes y cosas, en la que se mueve Ricardo González García al dar a luz, inventar, crear y clasificar lo que en su obra pictórica y escultórica denomina “fetiche”, concediéndole vida representativa a partir de doce azarosas manchas de Rorschach, en acuarela, a las que denomina *Protomodelos*. Ellas están en el origen; ellas son, pues, primordiales, y ellas se harán objetos escultóricos y pictóricos. Y algunas se convertirán, con sus variaciones, en objetos migratorios a lo largo y ancho de su extensa obra, en permanente diálogo con los diferentes escenarios o *partes* en que el artista divide sus series. Y es en estos diversos escenarios en los que el fetiche adquiere su personalidad, su característica de objeto permanente, cual si fuese un ser animado al modo del calamar gigante que entabló feroz lucha con el Nautilus de Nemo, ese capitán marino, entre lobo de mar y biólogo taxonomista, científico idealista y romántico, artista también, feroz batallador individualista, siendo susceptible de ser rastreado en ese mundo que Óscar Alonso Molina en el texto del presente catálogo denomina *ambivalente, entre la aglomeración y el palimpsesto, en el que el espectador recibe un cúmulo apretado, denso, pero ciertamente todavía transitable de formas*.

Acumulación y superposición de figuras en perspectivas aéreas, “fetiches” y objetos flotantes, formas imposibles, formas despiezadas, representaciones tridimensionales, proyección y desarrollos utópicos de la cuarta dimensión, fundamentaciones físico-matemáticas, topología, banda de Moebius, botella de Klein, figuras imposibles de Escher, mundos imaginarios y al tiempo no tan imaginarios, más reales que su propia figuración por ser susceptibles de demostración matemática, pero de imposible representación, metamorfosis constantes, trasfiguraciones sin solución de continuidad, escenarios clasificados en partes narrativa, metafísica, gráfica y doméstica, de *domus* arquitectónica, gabinetes de coleccionista de rarezas y maravillas, en fin, un universo complejo, producto al tiempo de una mente, la de este nuevo Nemo, reflexiva y poética, científico y artista, también inquieto y firme individualista dentro de un mundo actual en constante cambio e inestable movimiento, como nos muestra su obra. Un universo complejo, insisto, de una intensidad narrativa fuera de lo normal y de laboriosa comprensión. Un lenguaje cargado de conceptos que trascienden lo meramente objetual. Y el camino de la comprensión de su obra comienza en el momento en que nosotros los contempladores aceptamos que el artista crea para sí

mismo y que es fiel a sus intereses intelectuales, a sus inquietudes ontológicas sobre la naturaleza del objeto y su clasificación real o ideal, y cuyo motor es esa emotividad contenida que genera el conocimiento. Pero también y además de todo lo mencionado, no se nos olvide, es un magnífico pintor y dibujante, pleno de invención poética, proyectista de formas ficticias maravillosas, en su verdadero significado etimológico, que asombran, que producen admiración, cuyo sentido barroco acumulativo de figuras infinitas superpuestas y de mil colores sabiamente complementados no tendría sentido sin el docto fundamento académico de sus dotes y talento artísticos, estos siempre permanentes.

Fernando Zamanillo Peral

Santander, enero de 2014.